

El artista que dirige el Museo de Bellas Artes entrega su visión del mundo chileno en democracia

Con los ojos de Nemesio Antúnez

Nemesio Antúnez estuvo muy enfermo en dictadura y se mejoró con la democracia; una vez fue proclamado Presidente de Chile y siempre ha querido pintar el río Mapocho de azul. También dijo que la imaginación debería llegar al gobierno: "Creo que ya llegó", dice el artista.

ALEJANDRA GAJARDO
Su oficina es sencilla, pintada de blanco invierno. Antes era color sandía, pero esa tonalidad lo intranquilizaba, y lo primero que hizo fue cambiarla. Su escritorio está junto a una ventana que da al Parque Forestal; encima hay centenares de catálogos de diversas exposiciones.

En las paredes sólo hay un afiche de una muestra de Roberto Matta, Premio Nacional de Arte 1990. Antúnez compitió con el artista surrealista por el galardón y cuando ganó Matta, lo primero que hizo Antúnez fue felicitar al colega y amigo. En su oficina también hay otra escultura colgada, que está hecha con pedazos de madera.

Desde ese lugar, Nemesio Antúnez dirige el Museo de Bellas Artes y además, en Televisión Nacional, tiene el programa *Ojo con el arte*. Los sábados, domingos y festivos hace lo que más le gusta: pinta. Y con su espacio sabatino en TV quiere que el arte llegue a todos los hogares.

—Durante el gobierno anterior usted habló con el director de Canal 13, donde le planteó la necesidad de hacer un programa así. El le dijo que no era comercial, que el arte no vendía.

—Y vende. Había dos auspiciadores interesados en auspiciar *Ojo con el arte*. Lo hizo Morgan Marinetti, que acogió la proposición de no hacer pausa comercial a la mitad de la transmisión.

—Usted siempre fue crítico respecto de la televisión. ¿Ha cambiado su opinión?

—No, las telenovelas siguen iguales.

—También ha dicho que se caracteriza por su placer de vivir. Antes era más pesimista. ¿A qué se debe el cambio?

—Es que estuve enfermo dos veces de un mal terrible. Me operaron muy a tiempo. Estoy vivo, pude haberme muerto. Además no he cambiado tanto, siempre he sido igual. Lo que pasa es que antes estaba en mi taller pintando y sufrí todos esos golpes. Estaba flaco por la quimioterapia. No era para andar corriendo por las calles. Ahora estoy sano completamente y espero que sea definitivo. Toco madera.

—¿Atribuye también su placer de vivir al retorno a la democracia?

—Bueno, mi enfermedad coincidió con la dictadura y ahora estoy sano en democracia. En dictadura yo protestaba y ahora hago lo que puedo para estimular a la cultura.

—¿Percibe distinto al país en democracia?

—Todo el mundo siente que hay otro espíritu. No hay miedo; la gente conversa y se expresan distintas opiniones, se llega a acuerdos. Antes sólo una persona hablaba.

—Una vez dijo que el Chile de la dictadura lo pintaría de gris y que ojalá en democracia lo pudiera pintar de rosado y el Mapocho de azul.

—Creo que ya está de rosado. El azul del Mapocho será más difícil. Yo lo quería pintar como las tarjetas postales, donde le ponen un agua muy azul. Ese río ahora está contento, ya no tiene cadáveres.

—¿De qué color hubiese pintado el Mapocho en dictadura?

—Gris o barroso.

—¿Cómo percibe Santiago en democracia?

—No es una ciudad linda, pero tiene rincones hermosos. Posee un telón de fondo, que es una cordillera maravillosa, que los arquitectos no han podido tapar. Además, tiene cerros en medio de la ciudad. Antes teníamos el clima más agradable del mundo. Ahora sufrimos esta peste que es el smog.

—¿Cómo cree que el arte puede contribuir para hacer Santiago más hermoso?

—De muchas maneras. El alcalde tiene un programa muy bueno. El

quiere ponerle color a Santiago y embellecer la parte más fea, que cuando yo era joven era hermosísima. Santiago poniente era el barrio de las grandes familias y los grandes palacios. La Plaza Brasil era un encanto, un lugar de *pololeo*. Con todo eso se hizo la carretera Norte-Sur, que aunque había que hacerla, es un cuchillazo que corta la ciudad. La gente más adinerada se mudó al barrio alto y los grandes palacios quedaron como pensiones para estudiantes. Ahora nadie los mantiene y ya se vienen abajo porque están todos podridos. El alcalde quiere sacar los estacionamientos de automóviles y llamar a artistas para que en algún espacio libre se construya una fuente de agua y una escultura. También juegos infantiles, como

cansaban cinco o siete minutos. Era un sistema perfecto; en cambio el actual es un caos. Me parece tan absurdo que un autobús haga el recorrido que quiere. He visto hasta cuatro hileras de micros en la Alameda. Eso no puede ser.

—Una vez señaló que hasta los choferes de micro deberían tener alegría de vivir.

—Sí, pero no la tienen, porque están desesperados de manejar en ese tumulto. Todos están con una tensión nerviosa muy grande. Eso se puede arreglar, pero va a tomar mucho tiempo.

Campeño y urbano

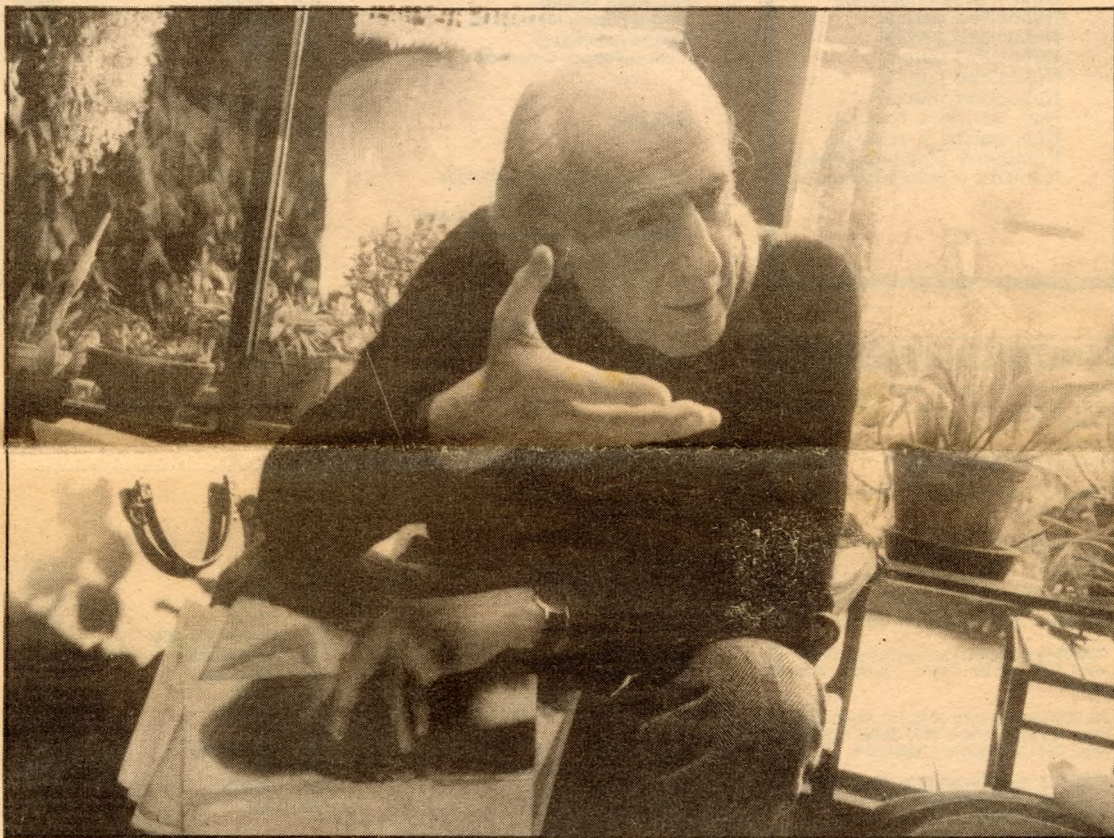
Nemesio Antúnez, que también es arquitecto, volvió al Museo de Be-

tor del Museo de Bellas Artes. Pero cambió de opinión:

—Tuve que cambiar de opinión, porque hubo una presión muy grande. Lo pensé dos veces. No lo quería, porque deseaba pintar y hacer grabados. Monté un taller de grabados nuevo y el día en que se inauguró, yo tomé el cargo, que paradójicamente significaba no poder hacer grabados. Pero igual los sábados y domingos trabajo mucho.

—¿Cómo puede limitar el tiempo para cada actividad?

—Los fines de semana me pongo mi boina (la saca de la chaqueta y se la pone) y me meto al taller. La Patricia, mi señora, me ayuda a concentrarme. Ella es mi perrito policial, que no deja pasar ninguna llamada telefónica. Si alguien me



“En dictadura yo protestaba y ahora hago lo que puedo para estimular la cultura”.

cajones de arena. Así cada dos manzanas habrá un jardincito, como los que existen en Europa. Con las esculturas, la gente se irá acostumbando a que son bellas y a que hay que respetarlas.

—¿Qué haría con los edificios de espejos, especialmente el de la Plaza de Armas, que usted tanto odia?

—Ese es una aberración, porque corta todo el espíritu de la plaza. Se debió haber mantenido el estilo colonial. En ese lugar había un edificio con una cúpula que era parte de ese sector, pero ése de espejos al lado de la catedral me parece un insulto.

—¿Qué haría con él?

—No hay nada que hacer, porque es un rascacielos. Lo pintaría de azul y le haría ventanitas chicas. Así no se notaría tanto. Pero lo que es importante es terminar con el smog.

—¿Cómo lo atacaría?

—Primero acabaría con los micros que echan humo. Esas que tienen 30 años y usan combustible inmundito. Dejaría autobuses limpios y trolleys, que eran una maravilla. Estos iban todos en fila, no hacían ruido y no contaminaban. Además los choferes eran cultos, ya que pasaban un examen y tenían un sindicato. Yo los conozco, porque tuve un taller en el sindicato de ex conductores de trolebuses de Santiago. Ellos me contaban que al final de cada tramo había una caseta, donde tenían una hamaca, en la que des-

llas Artes como director después de 16 años. Fue un reencuentro feliz, dice:

—Me fui con la caída de la democracia y vuelvo con ella. Eso es muy simbólico: es como recuperar lo que perdí con la dictadura.

Durante su pasada dirección, el Museo de Bellas Artes tuvo una gran actividad: se efectuaban más de 50 exposiciones al año. Ahora Nemesio Antúnez no cree que llegue nuevamente a esa cifra:

—Lo que pasa es que en ese tiempo estábamos haciendo la Sala Matta y contábamos con muchas salas vacías; entonces se hacían exposiciones continuamente. Ahora ya está todo más establecido, por lo que habría que descolgar las colecciones para hacer otras exhibiciones.

Después del golpe de Estado, Nemesio Antúnez decidió partir de Chile, rumbo a España, y vivió en un pueblito llamado San Pedro de Rivas. Allí estuvo hasta 1978, en una casa campesina con mucha tranquilidad. Luego se fue por dos años a Londres, como profesor de la Royal School of Painting, y posteriormente a Ostia, una ciudad italiana donde permaneció hasta que decidió retornar a Chile.

En Chile se integró al Comité para las Elecciones Libres y fue protagonista en la campaña del *No* de octubre de 1988. En 1989 aseguró que no aceptaría el cargo de direc-

llama, dice que estoy en el taller y no puedo salir porque estoy trabajando.

—¿Cuál es su autocensura como pintor?

—Nada me desagrada. No he hecho nunca retratos, sólo algunos autorretratos. Me gustaría hacerlos.

—¿Qué considera que no es arte?

—Todo lo es. Un tarro de la basura puede ser arte, depende de cómo se le tome.

—Usted fue también director del Museo de Arte Contemporáneo. ¿Cuál es su opinión acerca de su clausura por tanto tiempo?

—Es una lástima. Por el terremoto de 1985, quedó dañado el edificio donde están el Museo de Bellas Artes, el de Arte Contemporáneo y el de Arte Popular Americano. El primero se refaccionó. La directora anterior creó la Fundación Bellas Artes, que consiguió el dinero. ¡Este edificio, que es un monumento nacional, no se puede dejar que se venga abajo! (*enérgicamente, golpeando la mesa*). Pero la mitad de él está en muy malas condiciones. Los dos museos son como dos hermanos siameses, y uno de ellos se está muriendo. El rector de la Universidad de Chile de ese tiempo recibió un seguro, pero se gastó ese dinero en otras cosas y el museo quedó ahí como al día siguiente del terremoto. Hay que hacer un arreglo entre el Ministerio de Educación y la Universidad de Chile, para que

eso se abra.

—¿Qué opina sobre la posibilidad de anexarlo al Museo de Bellas Artes?

—Depende de la Universidad de Chile. Eso lo tienen que arreglar el ministro de Educación y el rector. Luego habrá una reunión. Yo no tengo intenciones de anexarme ni apropiarme nada, lo único que quiero es que este conjunto de museos sea algo de gran belleza y que esté sano.

—Con el cierre de los museos y de algunas galerías durante el régimen militar, ¿piensa que declinó la cultura en el país?

—Hubo lo que se llamó *apagón cultural*, pero fue superficial. Lo que pasó es que no se expuso ni se mostró nada, pero por ejemplo los poetas escribieron mucho. Chile está lleno de poetas jóvenes. Si uno pasea por la calle Pío Nono, se le acerca un poeta que da una fotocopia de su trabajo por cien pesos. Eso no pasa en ninguna parte del mundo. Aquí la poesía está saliendo por todas partes. En pintura pasa igual, hay una cantidad inmensa de pintores jóvenes. Claro, durante esa época de terror no apareció nada, pero todos pintaban en sus talleres. Es que cuando hay represión, surge un deseo de expresarse; se produce la fuerza contraria.

—Usted aseguró que durante el gobierno anterior, los artistas chilenos estaban muertos y que los museos eran sus cementerios...

—Como dije, los pintores estaban muertos porque no aparecían. Nos autocallamos. Mejor dicho, es que estaban dormidos. Además, el museo estuvo cerrado durante tres años y cuando se abrió no toda la gente venía, sino que nada más que los de gobierno. Por eso hicimos la exposición *Museo abierto*, que fue masiva, una especie de feria de arte.

—En Mendoza usted fue proclamado Presidente de la República...

—Sí, esa noche fui Presidente de Chile. Un grupo de chilenos de una escuela de verano me llevaron en andas por las calles de Mendoza. Los argentinos me felicitaban. Los policías nos dejaron ocupar las calles y me dijeron que ojalá yo fuera pronto Presidente de Chile. Como banda me pusieron un globo de goma desinflado.

—Las personas que lo proclamaban decían “Nemesio presidente, Poli intendente”.

—Poli Délano estaba allí. El tiene cara de intendente. Podría haber sido uno muy bueno.

—¿Qué hubiera hecho como Presidente?

—Pintar el Mapocho de azul.

—¿Hubiera creado un Ministerio de la Cultura?

—No. Hubiera creado un consejo de la cultura, independiente de los gobiernos, no político. El peligro de los ministerios es que cada gobierno trae una política diferente y un político a la cabeza. El consejo debería ser integrado por gente notable de todas las tendencias.

—¿Cómo le gustaría que abordara ese consejo una política cultural?

—Me gustaría que tuviera poder para dirigir las bibliotecas, museos y toda la actividad cultural como poesías, editoriales, música. Me parece aberrante, por ejemplo, que un pintor chileno pague impuestos por internar sus obras. Cuando llegué tuve que cancelar mil 500 dólares para que mis pinturas ingresaran a mi propio país. Las obras no son refrigeradores.

—En una ocasión afirmó que la imaginación debería llegar al gobierno.

—Creo que ya llegó. Un ejemplo es el plan del alcalde de transformar los estacionamientos de automóviles en lugar de recreo para las familias. Hay que hacer de Chile un país feliz. Sí, creo que la imaginación ya llegó al gobierno.